

VIII.

Amor fraternal.

Eran Joaquin y Luísa dos hermanos que se pueden presentar como un modelo de amor fraternal. Habiendo quedado huérfanos y con escasos bienes desde muy pequeños, determinaron trabajar; y vivir tan estrechamente como la escasez de su fortuna requería, ántes que ser molestos á los demás. Lo continuo del trabajo á que se dedicaron debilitó la salud de Luisa, quien tuvo la desgracia de quedarse ciega despues de muchos y prolongados padecimientos, que sufrió con la paciencia de una mártir. Joaquin redobló sus esfuerzos durante la enfermedad de su hermana, á fin de que nada le faltase, y cuando llegó á convencerse de que esta habia cerrado para siempre los ojos á la luz, ofreció no abandonarla nunca, y escrupulosamente lo cumplió.

IX.

Injurias calumniosas.

Ofensa grande es para un hombre el que se le injurie calumniándole, pero mayor lo es todavía para él tomar la injuria en cuenta y pretender vengarla; pues dando así importancia al injuriador, la da tambien á las acciones y palabras de este. Cuando el hombre perverso quiere desacreditar al que es honrado, se vuelven los tiros por sí solos contra aquel; porque el público, que es mas sensato de lo que se cree generalmente, penetra en las intenciones del primero, conoce lo pésimas que son, y hace al segundo cumplidísima justicia, sin que este tenga que tomarse molestia alguna.

Compadezcámonos de los malvados, pero desprecie-
mos sus acciones.

X.

Buen empleo del dinero.

Habiéndose preguntado á un labrador en que em-
pleaba su dinero, contestó :

—Le divido en tres partes. Pago mis deudas con
la primera, empleo la segunda en los gastos de mi mu-
jer y en los míos, y coloco la tercera á un alto interés.

—Qué quereis decir con eso?

—Que empleo una tercera parte de mis productos
en sostener á mis padres, lo cual es pagar una deuda ;
otra en satisfacer mis necesidades, y la restante en edu-
car bien á mis hijos, lo cual es colocarla á un interés
más crecido que el de millar por centena.

XI.

Trabajo que da el poder.

Eran tan grandes el celo y la aplicacion con que el
virtuoso Arnaldo, obispo de Tours, se dedicaba al cum-
plimiento de los deberes que le imponia el gobierno de
su diócesis, que apénas reposaba. Habiéndole hecho
presente que debia dedicar al descanso un dia por lo
ménos á la semana, respondió : *Bien lo quisiera ha-
cer ; pero indicadme un dia en que yo no sea obispo.*

El arte del que manda es mucho mas difícil y pe-
noso de lo que generalmente se cree ; pero así como
el gorrioncillo no distingue al águila que se eleva hasta
las nubes, así tampoco el vulgo las cavilaciones y el
trabajo que el elevarse, el sostenerse en el poder y el
gobernar llevan consigo.

XII.

Rico presente.

Hallándose una jóven en la flor de su edad y próxima á morir, envió á una hermana suya un ejemplar del Nuevo Testamento, de que habitualmente se servía, con una carta que empezaba así:

«Hermana mia, mi querida Catalina: Te envío un libro cuya encuadernacion no está cubierta de dorados, pero cuyo fondo vale infinitamente mucho más que el oro y que las piedras más preciosas: es el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Si le lees con un espíritu humilde y dócil, te conducirá indudablemente á la sola felicidad digna de este nombre, al goce de la vida eterna, y te enseñará á vivir bien y á bien morir.»

XIII.

La felicidad.

Un hombre se quejaba con porfía
De la miseria cruel en que se hallaba,
Diciendo no tenía
Sino una triste peseta que ganaba
A fuerza de sudor: y maldecía,
Y los canos cabellos se mesaba;
Y haciendo así peor su mala suerte
Con rapidez marchaba hácia la muerte.
Enfermo cae, al hospital le llevan,
En un liviano lecho
Lo colocan, lo muelen y lo estevan,
Caldo claro le dan tras cuatro pócimas
Sin siquiera decirle «buen provecho»,

Y la muerte el cuitado ve tan próxima
Que desespera ya.—« ¡Por satisfecho,
Éxclama entónces él, yo me daría
Si dos reales ó un real... nada me dieran
Con tal que la salud me devolvieran! »
¿Feliz quieres llamarte?
Pues sabe con tu suerte conformarte.

XIV.

Satisfaccion de hacer bien.

—Yo no sé en qué consiste, decia un jóven á un amigo suyo, este malestar que me devora, que me quita la vida.

—Tú, sin embargo, le replicaba este, no puedes quejarte de que te faltan ocasiones para divertirte; pues no te dedicas á otra cosa que á satisfacer todos tus caprichos.

—No lo niego; pero ni estoy contento en parte alguna, ni sé á qué recurrir para distraerme.

—¿Quieres entregarte hoy á mí?

—¿A tí? Con mucho gusto.

—Pues vístete y ven conmigo.

—Voy contigo pues.

Llevóle á casa de un desgraciado padre de familia, que, víctima de una larga enfermedad, yacia con su mujer y con sus hijos en la miseria más espantosa. Compráronle el ajuar que necesitaba, le proporcionaron un buen médico, llenaron la casa de provisiones, y ofrecieron vestir á aquellos infelices y continuar socorriéndolos.

Al salir á la calle, y en medio del dolor que en el jóven meláncolico habia producido la lastimosa escena que presentaba aquella familia, tenia este un aire de satisfaccion indescribible, satisfaccion que no volvió á

abandonarle, porque continuó distrayéndose con el placer infinito de socorrer á los desgraciados.

El que favorece á sus semejantes, no es á estos á quienes hace el mayor bien, sino á sí propio; tanto por la satisfaccion que experimenta, como por las bendiciones de que se hace objeto.

XV.

Peligros de la indiscrecion.

Estándose preparando Guillermo, príncipe de Orange, para una expedicion militar, le preguntó uno de sus oficiales qué plan tenía. El príncipe, en vez de responderle, le preguntó á su vez si hallándose en su caso se lo confiaria á alguien. «Sin duda que no,» respondió el interpelante. Volviéndose á él entónces Guillermo, le replicó: «Si sabeis guardar un secreto, yo tambien.»

XVI.

La mentira.

Pocas cosas tan detestables como la mentira. Ella sorprende la buena fé de las personas honradas, y les produce alguna vez perjuicios de gran cuantía. Ella, envolviendo casi siempre la calumnia y acompañando con frecuencia á la murmuracion, ataca reputaciones intachables y las hiere sin piedad. Jamás olvides, hijo mio, el daño que con ella puedes hacer, para no usarla; teniendo presente al mismo tiempo, que mancha mucho más y hiere con mas fuerza al corazon de donde sale que á la persona á quien se dirige.

XVII.

El egoísmo.

Existia en un pueblo cierto propietario que todo lo queria para sí, y cuyo nombre no se asoció nunca á los de los otros para favorecer la indigencia ó estimular el mérito. Creia que nadie le hacia falta, y olvidaba que él se hallaba en posicion de favorecer á los demás. Así tuvo atrevimiento de decirlo á un vecino suyo que le pedia un pequeño préstamo, contestándole: «Si yo espusiera mis bienes, mañana me vería obligado á lo que tú hoy. No quiero hacerlo: y por lo tanto, así como yo nada te pido, nada vengas á pedirme tú.» Hizo lo mismo con muchos otros; y fué de tal manera consecuente en su conducta, que se enajenó por completo las simpatías de todo el mundo; y cuando se encontró absolutamente aislado, sin una persona que le quisiera, ni de él hiciese aprecio, fué presa de tan terrible melancolía que murió víctima de ella.

Así pudo aprender, y nos dejó el ejemplo, que si hay algunas personas á quienes hacemos falta, necesita cada uno de nosotros del auxilio de todas.

XVIII.

Compañerismo.

Pepito y Cárlos, compañeros de colegio, eran unos niños que se profesaban entrañable amistad. Habiendo aquel cometido una falta que le hacia digno de castigo, y recayendo sobre Cárlos las sospechas, no quiso este tratar de disculparse, dando así lugar á expiar la falta de Pepito. Iba ya aquel á ser castigado sin saberlo

este, cuando se lo advirtió otro compañero suyo. Presentase entonces Pepito al director, y le dice resueltamente: «No es el culpable ese á quien vais á castigar, sino yo. Imponedme la pena que merezco, y servíos tener en cuenta la noble accion de mi amigo para premiar sus buenos sentimientos.» El director, conmovido hasta el punto de verter lágrimas, abrazó á los dos niños, perdonó al primero, é inscribió el nombre del segundo en el cuadro de honor.

XIX.

Tolerancia con los defectos de nuestros amigos.

Si se quiere que la amistad subsista, es indispensable disimular algunas faltas en las personas que nos la profesan. El amigo mejor y más virtuoso, es tambien el que perdona ántes.

El filósofo Arístipo, en un arranque de cólera, se enfadó con su amigo Esquino.

—Y bien, le preguntaron al primero, ¿dónde ha ido á parar vuestra amistad con Esquino?

—Mi amistad con Esquino, respondió el filósofo, duerme ahora; pero ahora mismo tambien la voy á despertar.

Se fué en seguida á ver á su antiguo amigo, y le preguntó:

—¿Me crees de sentimientos tales que sea capaz de reparar mis faltas?

—¡Ah! exclamó Esquino con la mayor emocion, haciendo tú lo que yo debiera haber hecho, recaen todas sobre mí.

No hubo necesidad de más explicaciones para renovar su afecto, y de un modo modo más vivo y tierno que nunca.

XX.

Justicia.

Dar á cada cual lo suyo; no querer, ni mucho ménos tomar aquellas cosas que á otro pertenecen; oír y satisfacer á quien reclama con razon, y no dar abrigo á aquellos sentimientos cuyas tendencias sean perjudicar el sagrado derecho de los otros: esto es obrar en justicia.

XXI.

La muerte.

Segun la edad, la conducta y circunstancias de los hombres, así miramos la muerte. De ser casi invisible, no temida, y hasta consoladora alguna vez, truécase otras en colosal espectro, vision horrible, pensamiento desgarrador. El niño apénas la vislumbra, témela poco el hombre vigoroso, y el viejo la mira horrizado. El bueno está tranquilo ante la inflexible guadaña que al malo aterroriza, y así el infortunado ve en ella su consuelo, como el feliz su ruina y su desgracia. Dichoso el hombre de conciencia recta, que, ya jóven ó viejo, feliz ó desgraciado, existe siempre libre de temor.

XXII.

Consuelo.

Cuando la desgracia aflige al hombre, nada más propio para consolarle que la consideracion de lo que es. Desnudo nace, y sin bienes ha de quedar cuando venga

á morir. Limitada es su vida, y son en extremo transitorios sus placeres y sus dolores. Cuanto sean en mayor número los goces con que le brinde el mundo, tanto más espondrá su salvacion, y cuantas más espinas por lo tanto halle su carrera, tanto más fácil le será ofrecer á Dios merecimientos. Quejarse en el dolor, desesperarse en las angustias, es no saber vivir, es ignorar la propia condicion, no aprovecharse de los tesoros que Dios concede para alcanzar la vida eterna.

XXIII.

La caridad.

El hombre que, en virtud de la ley de Dios, y fiel observante de ella, ama á su prójimo como á sí mismo y parte su pan con el necesitado, no teme el juicio de los hombres y espera con tranquilidad el del Supremo Juez. Procede siempre, hijo mio, como te prescribe Dios, no olvidando nunca que la fuente principal de donde emanan las demás virtudes es la caridad, y toda tribulacion te será leve.

XXIV.

La ambicion.

Un mercader compró vino esquisito,
Y por contento dábase vendiéndolo
Con ganancia de un diez por cada ciento
O de un doce lo más. Pudo al catorce
Colocar lo despues; mas se echó cuenta
De que tal ofreciéndole, era fácil
Poder sacar el veinte. Corren dias,
Y viendo que aquel vino era buscado,
Se encierra en no venderle hasta que un treinta
Le rinda de ganancia. Lo consigue,